

FARO

Editorial

En simple, pero a fondo

Octubre, 2025
N°7

ERNESTO SILVA
Director Ejecutivo
Faro UDD

Dstrucción Creativa: Innovación, instituciones y cultura para el progreso de Chile

El progreso sostenido exige una alianza entre innovación técnica, apertura cultural e instituciones flexibles. Cuando una de esas dimensiones se atrofia, la destrucción creativa pierde su carácter de renacimiento y se transforma en mero colapso.

El anuncio del Premio Nobel de Economía 2025, otorgado a Joel Mokyr, Philippe Aghion y Peter Howitt, ha recordado al mundo una verdad que demasiadas sociedades olvidan cuando alcanzan la comodidad del statu quo: el progreso humano no es una línea recta ni un equilibrio alcanzado, sino un proceso de renovación permanente.

Los tres galardonados no sólo revitalizan la noción de Joseph Schumpeter de «destrucción creativa», sino que la traducen a los desafíos del siglo XXI.

Schumpeter entendió que el capitalismo, lejos de ser un sistema estático, era una forma de vida en constante metamorfosis. Su concepto de destrucción creativa —acuñado en Capitalismo, socialismo y democracia (1942)— definía al progreso no como la acumulación incremental de lo existente, sino como la sustitución de lo viejo por lo nuevo: un proceso de innovación que, al mismo tiempo que construye, destruye. La fábrica que reemplaza al taller, la tecnología que vuelve inútil al artefacto anterior, la empresa joven que desplaza al gigante burocrático. Esta energía vital del capitalismo, decía Schumpeter, es la fuente de su dinamismo y de su inestabilidad, pero también de su superioridad frente a los sistemas que buscan congelar el cambio.

En sus trabajos, Mokyr, Philippe Aghion y Peter Howitt; convergen historia, teoría y política: un reconocimiento a que las sociedades crecen cuando se atreven a reinventarse. Y, de modo inevitable, su mensaje interpela también a Chile: una nación que logró un salto notable en desarrollo, pero que hoy parece prisionera de sus propias certezas.

 @faro_udd

 @faro_udd

 faro udd

 faro@udd.cl

faro.udd.cl

La fábrica que reemplaza al taller, la tecnología que vuelve inútil al artefacto anterior, la empresa joven que desplaza al gigante burocrático. Esta energía vital del capitalismo, decía Schumpeter, es la fuente de su dinamismo y de su inestabilidad, pero también de su superioridad frente a los sistemas que buscan congelar el cambio.

A pesar de su potencia, la visión de Schumpeter quedó inconclusa. Faltaba explicar bajo qué condiciones las innovaciones podían sostenerse sin generar colapsos, cómo coordinar los procesos de cambio y cómo integrar la dimensión institucional y cultural al fenómeno económico. Precisamente ahí se sitúa el aporte de los nuevos laureados. Joel Mokyr, historiador económico de la Universidad Northwestern, lleva décadas estudiando la relación entre cultura, conocimiento e innovación. En obras como *A Culture of Growth* (2016) sostiene que el progreso no depende sólo de inventores y empresarios, sino de un entramado cultural que dignifique la curiosidad, legitime la experimentación y proteja la libertad intelectual. El crecimiento sostenido —advierte— no ocurre en sociedades que temen a la disidencia o castigan el error, sino en aquellas donde las ideas circulan, se cruzan y se cuestionan. Mokyr devuelve a la economía una dimensión humanista: sin cultura del conocimiento, no hay ciclo innovador que perdure.

Philippe Aghion y Peter Howitt, por su parte, construyeron el modelo teórico que permitió formalizar aquella intuición de Schumpeter. En su célebre artículo de 1992 sobre crecimiento endógeno, demostraron que las innovaciones surgen dentro del sistema económico mismo y no como shocks externos. En su modelo, las empresas innovan para desplazar a las incumbentes; la competencia, lejos de ser una amenaza, es el incentivo que mantiene vivo el progreso. Sin embargo, también subrayan la tensión permanente: demasiada concentración inhibe la innovación futura; demasiada competencia destruye los márgenes necesarios para invertir en investigación. En *The Power of Creative Destruction* (2021), Aghion resumirá la ecuación con claridad: el desafío no es proteger a las empresas del cambio, sino proteger el cambio mismo.

Las ideas de Mokyr, Aghion y Howitt se inscriben en una tradición más amplia de economistas y pensadores que entendieron el progreso como un proceso descentralizado, cultural y evolutivo. Friedrich A. Hayek, en su ensayo *The Use of Knowledge in Society* (1945), explicó que el conocimiento relevante para la coordinación económica está disperso entre millones de individuos, y que los sistemas de precios son una forma de comunicación que permite transformar esa dispersión en orden. La innovación, en ese sentido, no puede planificarse desde arriba: es el resultado de miles de actos de descubrimiento. El orden espontáneo de Hayek es la estructura invisible de la destrucción creativa schumpeteriana.

Douglass North, premio Nobel en 1993, añadió otra pieza decisiva: las instituciones —esas “reglas del juego” formales e informales— son el marco que define si la innovación puede florecer o se marchita. Sociedades con instituciones rígidas o extractivas tienden a frenar la competencia, mientras que aquellas con normas flexibles, previsibles e inclusivas crean un entorno propicio para la renovación. Daron Acemoglu y James Robinson retomarán esta idea en *Why Nations Fail* (2012): el crecimiento sostenido no surge de la abundancia de recursos, sino de la calidad de las instituciones que permiten a los innovadores entrar al juego sin pedir permiso a los poderosos.

Deirdre McCloskey, en su trilogía sobre las virtudes burguesas (*The Bourgeois Virtues*, 2006; *Bourgeois Dignity*, 2010; *Bourgeois Equality*, 2016), aporta la dimensión ética y narrativa que completa este cuadro. Para ella, la verdadera revolución moderna no fue tecnológica sino moral: la dignificación del comerciante, del inventor y del emprendedor como agentes legítimos de mejora social. El crecimiento —afirma McCloskey— nació cuando las sociedades dejaron de despreciar el acto de innovar y empezaron a celebrarlo. Su enfoque rescata algo que Chile también debe recordar: el progreso es inseparable de una cultura que otorgue sentido moral al esfuerzo creador.

La innovación, en ese sentido, no puede planificarse desde arriba: es el resultado de miles de actos de descubrimiento. El orden espontáneo de Hayek es la estructura invisible de la destrucción creativa schumpeteriana.

El caso chileno, como el de muchas economías intermedias, ofrece una paradoja: ha conocido la estabilidad, pero no la renovación; la apertura comercial, pero no la competencia profunda; la expansión educativa, pero no la revolución del conocimiento.

Otros autores amplían los márgenes de la discusión. William Baumol, en *Entrepreneurship, Innovation and the Growth Mechanism of the Free-Market Economies* (2002), advirtió que el talento emprendedor existe en toda sociedad, pero su dirección depende de los incentivos institucionales: puede ser productivo, improductivo o destructivo. En países donde las rentas políticas son más rentables que la invención, el emprendimiento se desvía hacia la captura de privilegios. Israel Kirzner, desde la escuela austriaca, completó la figura del emprendedor no como destructor sino como descubridor: aquel que advierte oportunidades que los demás no ven, haciendo del mercado un proceso de aprendizaje continuo. Y Elinor Ostrom, Nobel 2009, demostró que la innovación no es exclusiva del mercado: también puede surgir en comunidades capaces de autogobernarse y experimentar con arreglos institucionales adaptativos.

Todos ellos coinciden en un punto esencial: el progreso sostenido exige una alianza entre innovación técnica, apertura cultural e instituciones flexibles. Cuando una de esas dimensiones se atrofia, la destrucción creativa pierde su carácter de renacimiento y se transforma en mero colapso. El desafío no es sólo innovar, sino construir las condiciones sociales que permitan hacerlo de manera justa, estable y sostenida.

El caso chileno, como el de muchas economías intermedias, ofrece una paradoja: ha conocido la estabilidad, pero no la renovación; la apertura comercial, pero no la competencia profunda; la expansión educativa, pero no la revolución del conocimiento. Si la innovación es débil, si el riesgo se castiga y si el Estado protege más al que ya está que al que intenta comenzar, la creatividad se evapora. Las reformas que alguna vez fueron audaces se convierten en rutinas, y el progreso degenera en administración del pasado. La enseñanza de Mokyr, Aghion y Howitt invita a pensar en una institucionalidad que no sólo preserve la estabilidad, sino que la ponga al servicio del cambio.

Ese cambio no puede reducirse a una política pública ni a un conjunto de incentivos económicos. Requiere una cultura nacional que revalorice el ensayo, la imaginación y la cooperación. Como señaló Hayek, las civilizaciones avanzan cuando permiten que los individuos experimenten con nuevas formas de hacer las cosas sin necesidad de aprobación central. Como añadió North, los sistemas perduran cuando las reglas evolucionan con la realidad. Y como recordó McCloskey, las sociedades prosperan cuando la innovación deja de ser sospechosa y se convierte en motivo de orgullo.

Estas no son prescripciones cerradas, sino caminos abiertos a la deliberación y al aprendizaje colectivo. El espíritu de la destrucción creativa no es el de la certeza, sino el de la búsqueda: cada país debe hallar su propia manera de convertir el cambio en una fuerza constructiva. Chile, como toda sociedad que ha conocido tanto el éxito como el estancamiento, debe decidir si su futuro será administrado desde el temor o conquistado desde la imaginación.

El mensaje de Schumpeter y de quienes lo suceden no es complaciente: el progreso es incómodo, y toda innovación genera ganadores y perdedores. Pero el verdadero peligro no está en el cambio, sino en su negación. La historia muestra que las sociedades que se aferran a sus estructuras terminan siendo destruidas por las que se atreven a renovarlas. Como escribió Mokyr, «las civilizaciones mueren no por falta de recursos, sino por falta de fe en la posibilidad del progreso». La creatividad — técnica, institucional y moral— es la energía más renovable que posee una nación.

Quizás esa sea la lección más profunda del Nobel 2025. No se trata de celebrar a tres economistas, sino de recuperar una convicción civilizatoria: que el conocimiento, la libertad y el riesgo son fuerzas hermanas, y que sin ellas no hay desarrollo posible. La destrucción creativa, en su sentido más hondo, es un llamado a no temer al movimiento, a comprender que la única forma de preservar lo valioso es permitir que lo nuevo surja. El crecimiento auténtico no consiste en perpetuar el orden, sino en reinventarlo.